

mírez. Nos explicamos entonces por qué es tan difícil la comedia y escritos como los que proyectamos. No se describen tipos, se hacen retratos; no novelas, sino boletines de crónica escandalosa.

Así murió mi proyecto de escribir los Misterios de México.

Como esto de escribir para el público es una especie de manía, como la de comer tierra ó inyectarse con morfina; y yo había sucumbido de lleno á esa manía, buscaba arrimo en imprentas y redacciones, teniendo para mí irresistible atractivo la angosta y desbarajustada mesa de redacción, los papeles regados en el suelo, los periódicos colgados contra las paredes con sus alambres, los estudiantes disputadores, los poetas entusiastas, los merodeadores de la crónica, los azuzadores de incautos y los próceres habidos ó por haber que acuden al laboratorio de la fama ó el descrédito.

En aquel tiempo acababa de aparecer con desusado brillo *El Siglo XIX*, dando cierta entonación conveniente á la política, nutriendo con sana erudición las discusiones, y adunando la energía y la dignidad con elevadas miras patrióticas.

Poco antes se había publicado *El Mosaico*, periódico literario de poca originalidad, encargado á D. Victoriano Roa, periódico que compitió ventajosamente con *El Semanario de Señoritas*, que dirigía el Sr. D. Isidro Rafael Gondra, y en el que yo había publicado algunas poesías.

El Siglo XIX fué creado y planteado por el Sr. D.

Ignacio Cumplido, de distinguida familia de Guadalajara, impresor de oficio y especialmente protegido por los Sres. Rodríguez Puebla y D. Manuel Gómez Pedraza.

Talento claro, actividad vertiginosa, aspiraciones á elevación y dominio; ignorante, pero con buen sentido; culto y condescendiente, puntual en sus tratos y de ideas moderadas en política, sagaz para el lucro y tenaz para el trabajo, D. Ignacio, de suyo simpático y agradable, como cazador astuto y como horticultor hábil, rastreaaba, inquiría, adivinaba los hombres que le convenía atraer á su negocio, los enamoraba y valuaba, y creaba un verdadero tesoro de inteligencias para su periódico.

De ese modo llegó á figurar en la redacción del *Siglo* una verdadera pléyade de hombres eminentes, entre los que figuraron Morales, Otero y Pedraza, Joaquín Cardoso y Luis de la Rosa, Agustín Franco y Carrasquedo, Payno y Castera, José María Iglesias y Zarco, el Conde de la Cortina, Lafragua, Orozco y Berra, sin contarme yo en la crónica porque no lo merezco, pero que trabajé arduamente en *El Siglo*, y tuve la honra de llamar mis compañeros á hombres tan distinguidos.

Cumplido veía á gran distancia el que le convenía, bien para la redacción, bien para que tratase algún asunto especial. Se hacía en contradicho, le hacía regalos delicados y lo conquistaba. Pero esto era con el pie veterano de las letras, los reclutas como sufríamos otra suerte y más que se nos asignó sueldo.

Pero no anticipemos los tiempos. Por aquellos días, sólo eran visibles en la redacción D. Juan B. Morales, D. Victoriano Roa y D. José María Castera, hombre de alguna instrucción y buen sentido, escrupulosísimo en esto de conservar la pureza del lenguaje y de corregir manuscritos y pruebas, y aunque en *El Siglo* aparecían artículos brillantísimos escritos por plumas diferentes, jamás se violó el secreto de la imprenta, porque en ese particular el Sr. Cumplido volvía punto de honor la guarda del más inviolable sigilo.

El Sr. Morales se hizo visible por su concurrencia asidua á la imprenta y porque él mismo, con osada franqueza, defendía donde quiera las opiniones del periódico. Pero él nos viene al encuentro, contemplémosle.

Es un viejecito pequeño de cuerpo, delgado y fino como una dama, sin ser amanerado.

Moreno, frente calva, nariz chata, ojos azules, un tanto saltones, boca grande y patilla de ralo fleco.

Andaba garboso, calzaba su pie brevísimo una babucha de paño negro, y empuñaba largo bastón con puño de oro.

Siendo, como era, sapientísimo, su conversación era de un hombre vulgar, afectísimo á las chanzas y admirador de las escolapiadas, amigo de las diversiones caseras y hasta juguetero y bromista en la intimidad del trato.

Negaba las caridades que hacía, para excusar que le dieran las gracias; alentaba á los estudiantes, y las

producciones ajenas tenían en él un panegirista y un defensor, exclamando: «valen la plata estos romantiquitos,» al tratarse de Calderón, Rodríguez Galván, Collado y otros.

Jurisconsulto esclarecido, Magistrado sin mancha, político modelo, de probidad y de firmeza de principios, el Sr. Morales era lo que podía desearse de más adecuado para dirigir y caracterizar un periódico de la importancia de *El Siglo*.

Yo, que fuí acogido con bondad extrema por aquel patriota venerable, tuve ocasión de admirar su sabiduría en las discusiones que se suscitaban en la redacción y de gozar de su trato en las tertulias de su casa, calle del Reloj, donde asistían las Sritas. Parres, Velázquez de León, y los jovencillos Rivera, Melo, Alcalde y Martínez de la Torre, que se distinguían por su elegancia y finos modales.

Allí el Sr. Morales alentaba á los tímidos, hacía de bastonero para el baile, obsequiaba á los músicos y dispensaba finas atenciones á los pobres y á sus discípulos, que amaba con fraternal ternura.

En su cuarto no se veía un sólo libro; escribía en una pequeña mesita de palo blanco, viendo á la pared, y los pies en una estera ordinaria.

Pero ese anciano, y en ese humilde aparato, forjaba los rayos que, desprendidos de su mano, confundían al tirano en medio de su ostentación de poder, y anonadaba á los cortesanos viles que se estaban enseñoreando de la Nación.

No puedo decir con certeza, si amigos ó enemigos me procuraron un empleo en Zacatecas, y héteme ahí con mi despacho de Visitador de Tabacos en la mano, disponiendo mi marcha.

Mucho me solazó la noticia de que Manuel Payno marchaba también como Administrador de Tabacos del Fresnillo y que nos acompañaban en el viaje el Sr. D. Marcos Esparza y el Sr. Lic. D. Bibiano Beltrán, personas de la primera clase de la sociedad de Zacatecas, donde residían.

Don Marquitos Esparza había sido colaborador y amigo inseparable del Sr. D. Francisco García, ídolo de los zacatecanos cuando llegó á su apogeo la prosperidad del Estado. Fino de maneras, risueño y condescendiente, moneda de todos los gustos, guante elástico Don de todas las manos, dadivoso y servicial cual no otro, Marquitos llenaba de huérfanos su casa y en compadraba con los de más humilde clase; hoy pide á una chica para casarla y mañana figura en una cantamisá.

Todas las puertas de su casa estaban abiertas, y los amigos cogían lo que querían sin que nadie les chistase. Manirroto como buen minero, su bolsa era nube que contenía lluvia para las necesidades y para los pe-tardos, para lo supérfluo y para lo necesario.

Don Marquitos adoraba en su esposa y en su familia. La señora era alta, fresca, comunicativa, sincera y alegre. Constantemente ideaba paseos, banquetes y bailes agradabilísimos, y tal circunstancia, unida á la

buena posición del esposo, hacía la casa concurridísima de toda clase de personas.

Ella se representaba constantemente en la casa del Sr. Esparza y la inverosímil fecundidad de la señora hacía que entre pilmamas, nodrizas, criadas, costureras, caballerangos, etc., constituyera la familia una verdadera población.

Gloria del foro zacatecano y honra de las letras era el Sr. D. Bibiano Beltrán, quien había desempeñado en el Estado y fuera de él elevadísimos empleos á que se consideraba acreedor, por su talento despejado y rara y escogida erudición.

El Sr. Beltrán era un buen mozo en la extensión de la palabra, elegantísimo en el vestir y de aristocráticos y refinados modales.

Su casa era lujosa, su librería muy numerosa y escogida. Obsequiaba á sus amigos con exquisitos vinos; daba comidas en que competían la riqueza y buen gusto y, sin quererlo, acaso al través de su afabilidad, se percibía cierta elevación cortesana, cierto perfume de nobleza de alcurnia que hacía que solicitasen su amistad los ricos pretensiosos, á la vez que sus ideas liberales moderadas, no le alejasen del todo de la gente plebeya.

Pero el sesudo letrado estaba casado con una joven que era un terrón de amores y un tesoro de delicias. Blanca, chiquitina, rápida, adorable, toda generosidad y alegría, Lupita Letechipía era alma, regocijo, luz y amor de su casa; por aquí la siguen los chicos para

que promueba bailes y saraos; por allá le llaman los pobres pidiéndole socorros, y ya emprende viaje para asistir á una enferma desvalida, ya, en una pieza interior, cose con fatiga la camisita de un párvulo casi desnudo, y todo esto sin dejar de disponer los chocolates para las visitas, ni los licores para los comensales de confianza, ni las flores de papel para las velas, ni el champurrado para el compadre del Fresnillo que visitaba la casa los domingos.

Cada uno de los tres coches biombos que formaban el ruidoso convoy, habría necesitado, para comprenderlo, cicerone ó brújula, maquinista ó práctico.

Exteriormente y en la parte superior, sombrereras de cartón, jaulas, macetas, bancos y andaderas de los chicos. En la testera, tablita y parte del juego del coche, colchones, zaleas, botas colgando y trastos, de cuyo nombre no quiero acordarme. Inmediatamente abajo de las cajas, la hamaca que casi tocaba al suelo, con criadas y criados como en un nido, sacando, acongojados, las cabezas, y cuidando de la miniestra; trastos de cocina, la botella de la leche para un párvulo, la medicina de la anciana, la bola de las botas del señor y algunos juguetes estorbosos de los niños.

En el interior era otra cosa: colgajos del techo; con gorros y fallas, bebés y nodrizas, almohadas y canastos, que obligaban á exprimirse y agarabarse á los concurrentes, entre quejidos, lloros, y algunas veces estrepitosas manifestaciones por una ladeada del coche ó cualquiera otro percance íntimo. El jefe de cada tri-

bu, muy serio y con su libro en la mano, era la única figura impassible en medio de aquel apogeo de la felicidad conyugal.

Entre llantos y adioses lastimeros, reyertas de auri-gas y de sotas, tropiezos, detenciones y gritos, partimos y vencimos la primera jornada al mesón de Cuau-titlán, á cinco leguas de la gran Tenoxtitlán.

El mesón lo componía corralón extensísimo con el piso de estiércol; burros y cerdos vagando dondequiera, y una serie de cuartos desmantelados y sucios, con un banco de piedra en uno de sus rincones, como su-posición gratuita de que aquel era lugar de descanso.

El figón ó fonda adherido al mesón, era exposición perpetua de moscas y mugres, perros flacos, mendigos y niños con ó sin casa, desnudos.

Todo lo que tiene de más pestilente el cochambre, de más repulsivo lo rezagado y corrupto de los man-jares y de más amenazante la degeneración culinaria, se encontraba allí, completado con maritornes pleitis-tas y retobadas, sucias y especuladoras que tiraban el estornudo y el bostezo.

Los veteranos de los viajes entablaban chancistas relaciones con el *huésped* y fonderas; los pollos iban á dar su vuelta, y la mayoría propendía á solazarse, tendiendo los colchones en el suelo y tirándose incó-modos en expectativa de una cena diabólica y de una reñidísima batalla con los enemigos invisibles que abrigaba el cuarto.

Las mulas se encerraban en otro extenso machero, y

los cocheros y criados en un rincón del corral, al amor del fuego, cantaban ó jugaban, bebiendo ó escuchando algún cuento de espanto ó la relación de los últimos momentos de un *afusilado*.

Hicimos noche en Tepeji al siguiente día, y rendimos nuestra tercera jornada en la parte baja de la posada de Arroyozarco, porque los altos habían cobrado el carácter de Hotel de Diligencias, merced al genio emprendedor de Don Anselmo Zurutusa, quien no sólo había improvisado salones, arreglado cuartos y dispuesto excelente fonda, sino que había dado á conocer espejos y lavamanos, baños é inodoros, llevando su celo al extremo de dictar un reglamento para el aseo de los concurrentes; atenciones para las señoras, y decencia y compostura en la mesa del comedor.

Pero la parte baja, la del común de mártires, era el mesón del tiempo virreinal, con su tizne y su grasa, sus criados ladinos y su figón lleno de humo estorbado por perros cascarrientos y animado por maritornes mugrosas, mechudas y de fisonomías que con sólo mirarlas ahuyentaba el hambre.

Cuartos mal envigados, paredes carcomidas, con letreros y figuras grotescas ú obscenas, chorreones de tizne y sebo de las velas que pegaban á la pared los viajeros; mesas surcadas en todas direcciones por letras, cifras, perfiles humanos y ensayos de grabado; una banca epiléptica, algún vaso de vidrio de ojo de moribundo. . . . Esta era la parte baja que mantenía in-

solente á la vista de la civilización de Zurutusa las raíces intactas de una barbarie primitiva.

Siguió nuestra marcha; lo que es hoy San Antonio Polotitlán, era apenas un punto de remuda de la diligencia, consistente en un corral de trancas y un cuartucho de tablas á la entrada del espacioso y magnífico llano del Cazadero. Pero la mujer hacendosa y limpia del aúriga, servía allí café, chocolate y te á los pasajeros; después añadió unos huevos tibios al refrigerio. . . luego unas costillas y, en fin, un buen almuerzo. Al amor del lucro, se agolparon al jacal vendedores y traficantes, y fué el paraje de arrieros y luego el pueblo lleno de gente feliz y laboriosa.

San Juan del Río, fertilísimo, con su río bajo árboles frondosos, y adornado de flores con su calle real y su Señor del Sacro Monte, me fué muy agradable, y recordé al cura de aquel lugar, el famoso poeta Don Anastasio Ochoa, autor de las poesías de un mexicano.

Al ver Querétaro, me confirmé en la opinión que tenía formada de la Ciudad Santa de tierra adentro, y al paso quise recoger, pero no pude, noticia de los primeros años del Sr. Pedraza, de los escultores Arce y del célebre marqués de la Villa del Villar del Aguila, quien dotó de aguas para vivir y beber á la ciudad de Querétaro, conforme reza la leyenda.

Después de proveernos de dulces cubiertos y de puchas, especialidades de las monjas de la ciudad; confortado el avío, untado y reparado el coche, nos dispusimos á seguir la marcha, abandonando el mesón

de Berazaluze, que nos pareció mansión de delicias, después de los trabajos pasados.

Para penetrar al interior del país, quedaban dos caminos: el Real de Guanajuato y el de pueblos y haciendas.

El primero, lleno de recursos, pero intransitable en tiempo de aguas, que era en el que estábamos, y el segundo, un tanto más transitable pero accidentado y peligroso. Como no había mucho en qué escoger, nos determinamos por el segundo camino.

Increíbles parecían aun entonces las narraciones de viajeros del primer camino y paso de la *charca*, que cobró fama como el Golfo de Nápoles ó el paso de Calais.

Una diligencia había sido tirada y sacada del atascadero con bueyes; otra, hundida totalmente, tuvo tres días en su lecho á los naufragos, hasta que fueron por ellos en balsas. Un día desapareció una recua en la charca, y el otro, á fuer de famosos nadadores, se salvaban unos colegiales que tomaron un coche para venir á la capital. Y á la vista se exponía un cuadro con mulas y caballos hundidos en el lodo con sus cargas enterradas, arrieros desnudos, animales ahogados y gente pereciendo á la inclemencia por imposibilidad de marchar.

El camino de las haciendas se pintaba menos mal, como vamos á ver.

Al primero ó segundo día de esa marcha, hicimos conocimiento con la preciosa población de San Miguel Allende, llamado antes, con justicia, el Grande.

Suele observarse en nuestras serranías alguna colina que tiene cóncava la cima ó coronada de rocas que sirven como dique ó compuerta á la lluvia; pero cuando la lluvia es copiosa y hace empuje, salta sus barreras, y la agua depositada, saltando peñas, culebreando, arremolinándose, se descuelga y corre á la llanura, donde se esparcía sosegada y bella.

Tal idea me dieron desde la altura las calles de San Miguel, y sus corrientes de casas, saltando, escurriéndose, como descolgándose y extendiéndose después á la hermosa plaza, y viéndose en último término el paseo del Chorro, donde es fama que el señor cura Hidalgo tenía sus conversaciones con Allende, poniendo á cubierto con el ruido de las aguas aun sus involuntarias distracciones.

A la salida de San Miguel tuvimos los únicos trabajos serios de nuestro camino.

El río de Atotonilco estaba crecidísimo; sus aguas barrosas y llenas de fauna amenazante; del vado menos inseguro, sólo podían dar razón unos prácticos, recostados indolentemente y medio desnudos; prácticos que pedían las perlas de la Virgen, para guiar los coches, endilgar sus ruedas, gobernar sus mulas y sacarlo á uno sano y salvo del otro lado del río.

El espanto de las señoras, los lloros de los niños, los aprestos y baladronadas de mozos y cocheros, los rezos de *kirieleisón*, formaban conjunto imponente.

Con verdadera cortesía diplomática, Payno y yo nos

acercamos á los prácticos, adhiriéndose el Sr. Esparza. Don Bibiano se aisló en profunda reserva.

Lanzóse el primer coche á la corriente, después de desalojar á las criadas de la hamaca, y trepándose los criados al techo del coche.

Apenas entraron las mulas, desaparecieron, saliendo á flor de agua con ansias de ahogado; la corriente sesgaba coche y mulas; señoras y niños se agolpaban á las portezuelas, pidiendo socorro; los cocheros revoleaban sus látigos, dando gritos desaforados, y los prácticos, diestrísimos, pegados á las ruedas unos, con las riendas de las mulas otros, y otros zambulléndose para tantear el vado, lograron al fin el paso entre vivas y gritos de contento. Este era el coche de Don Marquitos, y así pasó mi coche. Pero Don Bibiano no quiso someterse á la tiranía de los prácticos, confiado en sus excelentes criados y en su buen avío.

Precipitóse su coche á las aguas. Los prácticos permanecieron inactivos y burlones á la orilla del río.

La travesía se hizo peligrosísima; las mulas se ahogaban; el coche ladeado estaba al sumergirse; en todos los semblantes se pintaba el terror por la evidencia de la catástrofe. Don Bibiano gritó á los prácticos, desde el medio del río. Uno se presentó.

—¿Cuánto quieres?

—El doble que los otros.

—¿Por qué?

—Porque no nos hizo caso, y hora es más trabajosa la salida.

—Yo no doy ese dinero.

—Pus hóguese.

Y no hubo remedio; los prácticos pidieron lo que quisieron, y se lo hicieron pagar en medio del río. El coche se salvó. Don Bibiano quería verse con los prácticos en tierra; pero ellos, desde las aguas, hicieron sus saludos, dejando con el alma ardiendo al grave Magistrado de Zacatecas.

En el Refugio, que era la última jornada para llegar á nuestro destino, los que regresaban á sus hogares, se compusieron y aprestaron sus vestidos de gala y sus novedades de la corte. A la vez, se pasaron revista á los juguetes, obsequios y agasajos que llevaban á amigos y parientes.

Yo recibí una carta cariñosísima de Fernando Calderón, avisándome que me tenía casa preparada en la Plaza, al lado de la Parroquia.

En efecto, Fernando, con una delicadeza, con una previsión y con una firmeza encantadoras, me había preparado casa en que nada faltaba de lo necesario, y en la que aún en lo superfluo había manifestación de chiqueo y cariño.

Payno, con esa expedición y gracia que todos le confesábamos, improvisó un banquete que nos relacionó con las principales familias, de las que recibíamos toda clase de atenciones.

Era Gobernador y Comandante general de Zacatecas el General D. Fernando Franco, obscuro de piel, ojo negro y hundido, y unas cejas como tejados. En el fon-

do, ranchero, mañoso y suspicaz, celoso de la conservación de su puesto; pero conciliador y amigo de la buena armonía. De esa manera, aunque las divisiones de partido eran profundas, no se ponían en ejercicio grandes odios, ni el partido vencido hacía esfuerzo alguno revolucionario.

Por otra parte, algunas de las minas estaban *con buenos frutos*, el Fresnillo hacía remisiones de cuantiosos caudales y varias *catas* fomentaban pruebas, excursiones, ensayos... todos eran prácticos, á que se prestan las alucinaciones llenas de interés de los mineros.

En más alta escala que en los pueblos había, sus personajes eran descendientes de nobles condes y marqueses. Ricos arruinados con hábitos de grandes señores y merodeadores de empresas imposibles, y chascos y farasas que tienen mucho de ridículo.

El género de negocios constitutivos de la vida de aquella sociedad, producía á mi vista dos fenómenos que mucho llamaron mi atención.

El primero, cierta cultura de buen tono en la mesa, en los trajes y en el aseo y compostura de la servidumbre. En Veta Grande, por ejemplo, negociación de los Sres. Arvides, gozaba uno de todas las comodidades del más alto refinamiento de la ciudad, y aun más, porque muchos poderosos hacendados de México se daban en sus haciendas trato pésimo, y sus sirvientes eran ó gozaban menos que los esclavos de la Habana.

El otro motivo de mi admiración, era la poca influen-

cia que ejercía el cambio de fortuna en el trato familiar. Acaso porque la inconstancia de los productos de las negociaciones mineras hacen que el que tiene fortuna opulenta vague mañana arruinado, acaso por la comunidad de triunfos y peligros, entre criados y sirvientes; lo expuesto caracteriza de íntimo, de generoso y servicial, el trato doméstico que hace el de personas cultas, bondadoso y especialmente humano y caritativo.

Yo todo lo quería fotografiar en mi mente, y llegué á formar una galería curiosa de originales retratos, y una colección exquisita de cuadros de costumbres.

La pícara inclinación que me conocen mis lectores, me puso de correr y parar con la flor y la nata de la gente de trueno, del Rebote, el Bronce y otros pasajes de menos nombradía.

En sus fandangos, en que el mezcal y el colonche hacían papeles principales, en que el chito y el sabrosísimo chile verde regocijaban los estómagos y vigorizaban el baile, el barretero neto, el de calzoncillo blanco y *borrego* al cinto, se lucía, alentaba á la bailadora, le ponía su sombrero en el suelo para que danzase ó zapatease en su alrededor, y él, puro en boca, con los ojos entrecerrados, sentado en el suelo, en actitud beatífica, permanecía arrojando pesos á los pies de la bailadora hasta que se remudaba el sombrero ó descansaba la silfide, quien desdeñosa se deslizaba del puesto sin volver los ojos, enviando á poco una criada ó un chico de la familia que recogiese su dinero.

La tertulia típica, la de buen tono por excelencia, la concurridísima por toda clase de personas distinguidas, era la de la casa de D. Bibiano Beltrán, calle de la Caja.

Salones variados con lujosos muebles, espejos y alfombras, biblioteca magnífica, comedor extenso y alegre. Todo perfectamente alumbrado.

La simple familia de D. Bibiano, era bastante para mantener, alentar y dar variedad á la tertulia. Bebés, pollos, señoritas, ancianos, todos se confundían y clasificaban, en sí mismos, en mesas de malilla y tresillo, en grupos de filarmónicos ó bailarines, en ruedas de muchachos juguetones, en retirados asientos de señores graves. . . . Guadalupe, la Sra. de Beltrán, hacía los honores de la casa, y los criados atravesaban en todas direcciones, llevando en las manos charolas con chocolates y bizcochos, copas con licores y refrescos, cuando el tiempo lo exigía.

En el centro del círculo más bullicioso, en medio de la algarabía de las pollas más coquetas y de los muchachos más guerristas, en una mesita pequeña que tenía papel y tintero, la cabeza entrecana y vestido descuidadamente, se veía un señor con sus pies desnudos en una bandeja con agua fría, y escribe que escribe, ya chanceando con una chica, ya acariciando á tal muchacho, ya absorbido en sus ideas é inmóvil como de piedra.

Aquel señor, era nada menos que nuestro gran poeta Fernando Calderón, quien así escribía sus preciosos dramas, en medio de ese tumultuoso bullicio.

Y lo más raro es que en sus manuscritos, no hay un tacho ni reposición de versos, ni huellas de vacilación alguna. Su verba fácil y cristalina corría como en una pendiente de finísima arena, como si el vaivén de las flores de la orilla impulsaran y perfumaran su corriente.

En esas tertulias traté á D. N. Arostegui, tan económico de palabras, que llamaba al monosilabo charla, y el toser reservado, fingía entre sus labios, de discurso. Cuéntase que su único amigo con quien diariamente se paseaba era D. Bonifacio Gutiérrez, después Ministro de Hacienda y émulo de A. en cuanto á mutismo; atravesando los dos por la orilla de una hortaliza, Gutiérrez, señalando un camillón, dijo: *lechugas*.

Pasaron tres ó cuatro días, en uno de ellos volvieron por la hortaliza, Arostegui detuvo el paso, y señalando el mismo lugar de Gutiérrez, exclamo: *para ensalada*, y el prodigio de tan animada conversación, fué objeto de los más divertidos comentarios.

Tipo acabado de minero simpático era D. Manuel González, español rudo, de desparpajo nativo, impetuoso y bueno como el rocío de la mañana, regordete, chiquitín, con el cabello á los ojos, y mordiéndose los labios, su boca era una ametralladora de picardías. Cuando alguno llegaba á sus puertas á pedirle socorro, se ponía en jarras y le disparaba una andanada de desahogos que lo confundía. . . . pero ¡qué! aquello era una turbonada de verano desahogado; se reponía, llevaba entre sus brazos al huérfano, habilitaba al artesano, daba para el enfermo y lloraba con el dolor